XLI

Ayer escribía en el instante que Nassar vino á buscarme, la señora Poles ha hecho una de las suyas. Hasta esta mañana no he sabido lo ocurrido, y doy cuenta de ello en estas hojas sueltas, porque cuando se trata de nuestra inglesa, cuyos actos todos son demasiado excéntricos, me veo obligado á prescindir del diario de la expedición; no podría contener detalles tan personales.

Anoche, la señora Poles, arrancada por Nassar y por mí de graves peligros, estaba aún sobradamente excitada para responder á nuestras preguntas; sin decirnos palabra, se refugió en su tienda, y hoy aún no ha salido.

Me veo obligado á hacer tomar informes á nuestros intérpretes, y pronto nos ponemos al corriente de la situación: no tenemos en Europa el privilegio exclusivo de los cuentos, los chismes y los relatos: los negros saben cuanto ocurre en casa del vecino con tanta mayor facilidad, cuanto que á causa del clima, rara vez se cierran las puertas y las ventanas, dado que existan.

La morada real está aún menos garantida contra las indiscreciones: excita más el deseo,

y siempre se tienen en ella puestos los ojos. Los numerosos oficiales que la pueblan, sus servidores de todas clases, sus ociosas mujeres, charlan, comentan y sacan á plaza todas las novedades de la corte.

Pues bien, anoche, sobre las nueve, la señora Poles, en gran *toilette* hecha un ascua de oro, pero completamente velada, como una parisiense que va de cita; la señora Poles, escapándose de nuestro campamento, se encaminó á palacio, logró penetrar en su recinto é hizo pedir al rey una entrevista secreta.

Tal vez Mounza empezó por sentir una decepción cuando la vió entrar en la sala, donde tendido sobre esterillas, fumaba su larga pipa: le habían dicho que una mujer blanca deseaba hablarle, y pudo creer por un instante que no se trataba de la señora Poles.

Al presentársele, seca, angulosa, á este oriental tan inmediato vecino de los pueblos que, por amor á la obesidad, ceban á sus mujeres como á reses, debió recibir el rey una primera conmoción desagrarable. Al extender sus largos brazos para apartarse el velo, como diciendo á Mounza: «Contempla y admira,» el desgraciado, que dos minutos antes creía que iba á ver otro semblante, se sintió dominado por una sorda ira.

Entonces ella no temió sentarse familiarmente á su lado y hablarle larga, tiernamente con los ojos bajos, con lánguidos ademanes, con púdico gesto. ¿Qué le dijo? Nadie ha logrado saberlo; pero lo acontecido después basta para suponerlo.

Mounza, llegado sin duda al paroxismo de la irritación y de la cólera, se levantó de pronto, llamó á palmadas sus oficiales de servicio, prontos siempre á su socorro, y cuando acudieron les dijo algunas palabras en voz baja. Diez minutos después, todas las esposas reales entraban como un torrente en la sala en que le señora Poles, conmovida, turbada, palpitante, esperaba ver á Mounza caer á sus piés de un momento á otro.

No bien estuvieron reunidas todas sus mujeres, el rey les dijo señalando á la señora Poles: «Esta mujer blanca pretende vivir aquí, en mi palacio y reemplazaros á todas; haced de ella lo que queráis; os la entrego.»

En seguida desapareció, dejando á nuestra inglesa entre las ochenta esposas reales.

Puede fácilmente colegirse la subsiguiente escena: las mujeres se miran, vacilantes, indecisas, trastornadas. ¡Si no fuera el amo quien lo dice, no podían creer lo que oyen! ¡Pues qué, aquella rara criatura, de quien el harém se ocupa desde el día de la presentación, pretende sola reemplazarlas á todas, suplantarlas, acaparar á su querido Mounza, su ídolo, su dios!

Poco á poco, las cabezas se exaltan, las miradas centellean, las ochenta bocas se abren y toda clase de injurias, de invectivas terribles caen como granizo sobre nuestra pobre inglesa.

No sabe ella cómo contestar, su serenidad la abandona, sus dientes se enclavijan, sus labios se cierran. Consérvase erguida, inmóvil: parece que es la estatua de la Resignación y del dolor.

A las injurias suceden los ademanes: excitándose, exaltándose una á otras, tomando las más tímidas ejemplo de las más audaces, volviéndose rabiosas las más tranquilas, aquellas ochenta furias caen sobre la señora Poles con ánimo de despedazarla.

El peligro la devuelve algo de su sangre fría y de su valor, únicos que la salvan del completo ridículo: saca su inseparable revólver y amenazando á las más próximas, logra tomar la puerta y echar á correr.

Las mujeres la persiguen aullando, pero todas ellas, criadas en el harém, bien alimentadas, pesadas por la ociosidad, no podían luchar contra las largas piernas y los anchos pies de nuestra inglesa: no la hubieran alcanzado nunca si, al terminar su carrera, hubiese podido penetrar en nuestro campamento.

¡Ay! nuestra única puerta estaba cerrada; la señora Beatrix se encontró pronto, como un ciervo acorralado, cogida contra la empalizada y obligada á hacer frente á la jauría de mujeres que la alcanzaba.

No obstante su actitud y su revólver, hubiera sido sin duda derribada, despedazada, tal vez comida, si no me hubiese avisado Nassar para abrir la puerta, salvar á nuestra compañera y dispersar las furias contra ella desencadenadas.

Cuando nos fué conocida en sus detalles la escapatoria de la señora Poles, la señora de Guéran, Delange y yo no pudimos contener la

risa; de Morin, en lugar de participar de nuestra alegría, nos declaró que, en virtud de los poderes que le habíamos conferido, iba á echar una peluca á la dama de compañía, prohibiéndola para en adelante todo paso que no hubiéramos nosotros autorizado.

—¡Dejadla tranquila!—exclamó Delange; bastante castigada está su inconveniencia, sin que la humille aún más vuestro sermón.

—¡Su inconveniencia!—respondió de Morin:—¡cómo os equivocáis, si creéis que la conoce! Atribuye la conducta de Mounza á cualquier otro motivo que á desprecio; está persuadida de que no la comprendió bastante, y que se hubiera arrojado á sus pies si se hubiese explicado mejor. No la conocéis tanto como yo; reconozco todas sus buenas cualidades, mas en lo que respecta á la fatuidad femenina, es el más acabado tipo que podamos estudiar. De clara inteligencia, sensata, ilustrada, mientras sus ridículas pretensiones no asoman la cabeza, pierde la suya en el contrario caso.

—Tenéis razón, amigo mío—dije yo,—y haréis bien, lo reconozco, en evitar sus excentricidades; mas como esta última no es grave, si en vuestro lugar estuviese...

De Morin me interrumpió:

—No comprendo, querido Periéres, cómo podéis decir eso. El acontecimiento de anoche ha de tener, estad seguro, grave influencia en nuestro porvenir. La señora Poles, con todas sus ridiculeces y manías, no deja por ello de ser una mujer blanca de nuestra caravana; la conducta de Mounza y de sus mujeres no la

alcanza á ella sola; nos llega á todos, amenguando nuestro prestigio. Hoy es ya un hecho entre los Mombouttous que se nos puede insultar, amenazar, intentarnos una mala pasada; ayer, á los ojos del pueblo, éramos seres privilegiados rodeados de cierta aureola, hoy somos como todo el mundo.

—Es exacto—murmuré;—me admira que no se me ocurriese.

—Si fuera sólo eso—añadió de Morin,—aún me consoloría; sabríamos hacernos respetar. Pero la escapatoria en cuestión temo que nos cause otro compromiso terrible.

—No comprendo—dijo la señora de Guéran;—dignáos explicaros.

—Es muy sencillo—añadió de Morin:—vos, señora, érais para Mounza, sobre todo por vuestra condición de blanca, un ser excepcional que se atrevía á amar; no podemos ¡ay! dudarlo, pero que amaba de lejos, sin atreverse á manifestarlo. La extraña y ridícula declaración que vuestra dama de compañía parece haberle hecho, ha disminuído sin duda la distancia que en su ánimo le separaba de vos. No tenía aspiraciones, no osaba concebir esperanzas; os ocultabais á sus miradas entre una especie de celeste nube, estabais vestida de luz y colocada á una altura que él creía inaccesible. La señora Poles le ha enseñado por desdicha que las mujeres blancas saben descender de sus cumbres, bajar hasta los reyes negros, y que él puede, si se le antoja, tratarlas, no como diosas, sino como simples mortales. Admiraríame, pues, mucho, que su

reserva, salvaguardia nuestra, no se disipe bien pronto.

25 Junio.—De Morin tenía razón: el rey que, durante dos días, no ha dado muestras de existir ni nos ha visitado, probablemente á fin de madurar sus proyectos y reflexionar, acaba de enviarnos su correo, embajador ó maestro de ceremonias, como se le quiera llamar. Este funcionario, para dar sin duda mayor importancia á su misión, llega rodeado de numerosa escolta de oficiales, soldados y músicos.

Advertidos por el estruendo, ganosos de saber de lo que se trata, y no libres de inquietud, salimos de nuestras chozas, formamos nuestros soldados, y recibimos con la solemnidad posible tan lucida embajada.

El enviado adelanta, habla, Nassar nos traduce, y venimos en conocimiento de que el soberano de los Mombouttous pide nuestra hermana en matrimonio.

XLII

Estamos aterrados: la petición es evidentemente ridícula, pero hecha por Mounza, cuyo carácter conocemos, es también terrible.

¿Cómo declinar el honor que cree hacernos

sin herir profundamente su orgullo de hombre y de soberano?

Si para ganar tiempo, respondemos que su oferta no puede aceptarse sin examen, alimentamos sus esperanzas y nuestra situación no aumenta sino en peligros. De Morin sostiene que debemos, por el contrario, mostrarnos escandalizados, sin por ello disgustar la vanidad del rey; aceptamos la idea y enviamos á decir á Mounza que injuria á nuestra hermana al proponerla compartir la suerte de sus numerosas mujeres.

¿Qué impresión causarán estas palabras en el ánimo real?

No es hombre que se dé por satisfecho y desista; nos enviará otro mensaje y le aguardamos inquietísimos.

No: esta vez no habla, obra.

Una docena de soldados llevando sendos é inmensos tambores, que ya he descrito, y que sirven en toda el Africa para anunciar al pueblo los decretos de sus jefes, salen del palacio y se reparten por todos lados.

Uno empieza el pregón frente á nuestro campamento.

Los Mombouttous le rodean, le escuchan y estallan en gritos de alegría.

Nassar, que se unió al concurso, viene corriendo á avisarnos que el rey invita al pueblo á penetrar en palacio, donde va á hacérsele una gran distribución de mujeres.

Así nos contesta Mounza; se desembaraza de un golpe de todo su harém, regalándole á sus súbditos, para podernos decir á seguida: «Ya

no tengo ni una mujer; nada os impide darme vuestra hermana.»

No se puede con mayor ingenio ponernos entre la espada y la pared.

A nuestro asombro se mezcla la piedad por todas esas infelices, que de un palacio van á descender á cabañas, y de reinas á humildes ciudadanas.

¡Horror! Otra noticia aún más grave circula entre nosotros: en el lote que va á distribuir Mounza, figuran únicamente las suegras y cuñadas, las mujeres que ha heredado por las costumbres del país.

Las ochenta esposas personales que conocemos, y que después de pertenecer al rey no podrían pertenecer á sus súbditos, serán decapitadas.

Así cortan las dificultades los grandes monarcas africanos, cortando cabezas.

¿Dejaremos á Mounza dar tan manifiesta prueba de su amor por la señora de Guéran? ¿Realizar el sangriento sacrificio que proyecta? ¿Entregarse á esa horrible hecatombe?

No pensamos en tal cosa. Todo nos obliga á salvar á esas desdichadas, que una palabra nuestra, una frase inconsiderada, ha condenado á muerte.

Pero ¿qué diremos al rey? Si le pedimos que perdone á sus mujeres, no dejará de contestarnos con su lógica habitual: «¿No espanta su número á vuestra hermana? ¿Consiente en habitar mi harém?» Esa será sin duda su observación. Mas si mata á sus mujeres, ¿no podrá decir también: «Ha desaparecido el obstáculo

que os impedía aceptar mi petición, escuchadla ahora?»

No lograremos salvar la dificultad, y mientras discutimos, tal vez empieza el exterminio. ¡Vamos pues; en marcha! ¡no nos retrasemos más! Veinte de nuestros soldados, escogidos por Nassar, reciben orden de acompañarnos. Delange y yo tomamos nuestras mejores pistolas, nuestras más seguras carabinas; el único que apenas se arma es de Morin. Al manifestarle nuestra extrañeza por ello, nos contesta con fuego:

—Todo lo que había previsto ocurre. Grave es nuestra situación, pero creo poder salvarnos. No me preguntéis, no me interroguéis; no tengo tiempo de contestaros. Dadme plenos poderes, y sacaré partido de la estúpida pasión de Mounza. Antes de tres días abandonáis este país y marcháis al Sur, disponiendo para el último tercio de vuestro viaje de recursos que jamás imaginasteis.

¿Qué quiere decir? ¿Qué significa esa tranquilidad? ¿Qué idea se le habrá ocurrido de pronto?

Mientras Delange y yo nos miramos asombrados, la señora de Guéran, resuelta siempre ante el peligro, y de resolución rápida, se adelanta hacia de Morin y le dice tendiéndole la mano:

—Obrad. Yo os lo apruebo de antemano; y si os equivocáis, jamás de mis labios brotará un reproche.

—Bueno —respondió de Morin; —gracias, señora.

Después, volviéndose á nosotros:

—¿Ratificáis—nos pregunta—las palabras de la señora de Guéran.

—¡Pardiez!—le digo.—¿Podéis dudarlo, amigo mio?

—Tenéis una idea, y nosotros no tenemos ninguna—dice á su vez Delange;—no podemos, pues, preferir nuestra opinión á la vuestra; y os doy carta blanca, amigo mío.

—¡Adelante!—dice de Morin.

Salimos á caballo al galope; nuestra escolta nos siguió. La señora de Guéran quedó en el campamento, custodiada por los intérpretes árabes y el resto de los soldados. La señora Poles, con el amor propio herido, diga lo que quiera de Morin, con el corazón aún dolorido, sigue refugiada en su tienda: no ha podido ocurrírsele correr en socorro de las ochenta rivales que tres días antes se la querían comer.

Cinco minutos nos bastan para llegar al palacio, ningun soldado nos detiene: saben que somos amigos del rey, y además nuestra carrera es impetuosísima.

Ante la morada real echamos pie á tierra, y pedimos hablar al soberano. Da orden inmediata de introducirnos en el salon que ocupa y sale obsequiosamente á recibirnos.

—¿Consienten, pues, al fin los blancos—dice sonriendo—en venir á visitarme?

—Sí—responde de Morin—tenemos que darte un mensaje de nuestra hermana: ¿quieres escucharnos?

—Te escucho.

—Nos han dicho que querías darla una

prueba de tu cariño, sacrificando tu harém. ¿Es cierto?

—Sí, cierto es—responde el rey.—Trescientas mujeres han salido ya del palacio, y no volverán á él. Las restantes—continuó tranquilamente—las he condenado á muerte.

—¿Cuándo morirán?

—Dentro de una hora: están preparándose los ejecutores.

Empezamos á respirar: llegábamos á tiempo.

El rey coge de la mano á nuestro amigo y le lleva á una sala inmediata; nosotros les seguimos.

En un rincón, sobre una especie de aparador, relucen grandes platos de cobre, el lujo de los Mombouttous. Mounza nos les enseña, y nos dice, sin perder un instante su calma:

—Esta tarde cada uno de ellos contendrá una cabeza, y se las enviaré á la Sultana, vuestra hermana, para que por sí misma vea que no me queda esposa alguna.

No pueden hacerse las cosas más galantemente, ni ejecutarlas, ó mejor dicho, ejecutar á los demás más graciosamente.

Por dicha para las ex-reinas, somos nosotros insensibles á tanta amabilidad, y estamos decididos á sustraernos de ella.

—Nuestra hermana—insiste de Morin—nos encarga pedirte que perdones la vida á tus mujeres.

—¿Pues no está celosa de ellas?—exclama el monarca palideciendo.

De Morin, que parece leer en el corazón de Mounza, se apresura á contestar:

—Está celosa de tu harém, pero no de esas desdichadas; que no te pertenezcan y con eso le basta.

Vuelve la sonrisa al rostro del rey; pero hace observar á nuestro intérprete que no tiene otro medio de desembarazarse de ellas, porque la ley prohibe que las esposas del rey reinante pasen á ser propiedad de un súbdito Mombouttou.

—¡De un súbdito, bien!—responde de Morin con viveza;—pero nosotros no somos súbditos tuyos.

—¿Y qué?—pregunta sorprendido Mounza:—¿queréis que os dé mis mujeres?

—Queremos que se las des á nuestra hermana por esclavas.

—¡Ah!—exclama el rey, que parece encantado.—¡Quiere sin duda hacerlas sufrir por vengarse de ellas!

—¡Tal vez!—contesta tranquilamente de Morin.

Confieso que ni Delange ni yo comprendíamos en este instante adónde iba á parar. Parécenos que compromete demasiado á la señora de Guéran, y que la somete á Mounza más de lo conveniente; mas hemos dado plenos poderes á nuestro amigo, y es preciso dejarle hacer.

El monarca africano, después de reflexionar un instante, dijo á de Morin:

—¡Sea! No morirán mis mujeres; se las doy á tu hermana. Hará de ellas lo que quieras, y yo quemaré todas sus casas: no tendré más harém. ¿Es eso lo que quería, verdad?

—Completamente—dice nuestro amigo.

Después espera que á su vez Mounza manifieste sus deseos ó sus voluntades.

El rey vacila: aquel déspota, aquel tirano cruel se vuelve un niño cuando se trata de su amor. Por último, se decide á hablar:

—¿Cuándo se dignará vuestra hermana—pregunta—venir á reemplazar en mi palacio las que acabo de regalarla?

—En cuanto obtenga el consentimiento de nuestro padre—responde sin vacilar de Morin.

Por esta vez cruzamos desesperadas miradas Delange y yo. Nuestro querido compañero pierde evidentemente la cabeza.

Mounza manifiesta el mismo asombro que nosotros, pero mezclado de ira.

—Vuestro padre no viene con vosotros—dice,—y mal podría darme su hija.

—Entonces no puede casarse contigo nuestra hermana—añade de Morin.—Ha de respetar las costumbres de nuestra tierra. Además, que este trámite se usa también en todos los pueblos que hemos atravesado para llegar hasta aquí. ¿No se está obligado siempre á dirigirse al padre para obtener la hija?

—¿Cómo quieres que yo me dirija al tuyo?—exclama furioso Mounza:—está lejos, muy lejos, en tu país, y yo no puedo ir.

—Si estuviera tan lejos como dices—replicó de Morin, siempre sereno,—no te hablaría de él. Mas nuestro padre no está hace tiempo en nuestro país, sino que habita un Estado próximo al tuyo por el Sur, donde está prisionero.

Mounza miró atentamente á de Morin, procurando leer en sus ojos la verdad; Delange y yo respiramos; empezamos á adivinar el intento de nuestro amigo. Según ha ido diciendo, quiere sacar partido sin duda en el común provecho del amor del monarca africano; intenta que nos ayude Mounza á encontrar al señor de Guéran, y en lugar de presentarle como marido de nuestra compañera, lo que sería peligroso para ella y para nosotros, le hace pasar por su padre.

XLIII

Después de contemplar largo rato á de Morin, le dice el rey de pronto:

—¿Por qué solamente hoy me hablas de tu padre? ¿Por qué no me has dicho antes el objeto de tu viaje?

—Bien he querido decírtelo hace tiempo—responde nuestro amigo;—¿no te pedimos una audiencia secreta? Nos la concediste, y al día siguiente se presentó nuestra hermana con nosotros; si nos hubieses recibido, te lo hubiéramos dicho.

—Pero me habéis visto después á menudo, y pudisteis hablar.

—Nos habías ofendido; ya no eras nuestro

amigo. Secretos tan importantes sólo se confían á un amigo. Si hoy hablo, es que te he perdonado desde que has pedido la mano de nuestra hermana.

Mounza no supo qué contestar; mas parecía aún inquieto, y acabó por explicarse:

—¿Cómo puede tu padre residir al Sur de mis estados? ¿De dónde vino?

—Del mismo país que nosotros y siguiendo el mismo camino.

—¿Entonces, para llegar al Sur atravesaría mi reino?

—Le atravesó.

—¡Imposible! Habría venido á mi palacio, porque yo recibo aquí á todos los extranjeros.

—Él recordó que impediste á Schweinfurth seguir su camino, y en vez de detenerse en tus estados, se encaminó á las provincias gobernadas por tu hermano Degberra.

—¿Le habrá conocido Degberra?

—Sin duda—contesta de Morin con atrevimiento:—Degberra ó sus súbditos. Puedes enviar correos á tu hermano, y pronto sabrás si te digo la verdad. Por otra parte, interroga á este hombre que nos sirve de intérprete y que reconociste por haberle visto con Schweinfurth; él te declarará que, dejado por Abd-es-Samate, tu amigo, en una zeriba situada al Sudeste, dió hospitalidad á nuestro padre.

Mounza habla unos momentos con Nassar, y después, volviéndose á nosotros, nos pregunta:

—¿Queréis ir junto á Degberra?

—Sí, primeramente—responde de Morin;—